



Piccole Suore Missionarie della Carità
(Opera Don Orione)
Casa generale
Via Monte Acero, 5 – 00141 Roma
www.suoredonorione.org



Prot. MG 61/24

Nacer de lo alto

Queridas Hermanas,

Les escribo en este día tan querido por nosotras, día dedicado a María, Madre de la Divina Providencia. Desde el 11 de febrero hasta hoy, hemos vivido el Año Mariano Orionino, un año de gracia para toda la Familia Carismática Orionina. A María, *Mater Dei* y Madre nuestra, le hemos pedido con confianza en la oración: “Ven a cuidarnos. Aquí estamos, toma la llave de nuestro corazón: ven a proteger y defender ... danos un corazón grande y generoso ... acompaña los pasos de nuestra vida” y sentimos que Ella verdaderamente nos cuida y nos acompaña con su amor fiel, porque quiere que nosotros, como Ella, seamos siempre dóciles al Espíritu Santo y realicemos todo lo que está en el designio de Dios para el bien de la humanidad.

Continuamos nuestro camino de la vida con María: *“María está con nosotros, si nosotros ponemos toda nuestra confianza en su corazón maternal; y si María está con nosotros ¿a qué temeremos? Si María está con nosotros, nosotros estamos seguros de la salvación de nuestras almas ...”* (DO, Scritti, 91,184).

Vivir en Cristo, con María, ¡y hacer vivir a todo el mundo de Cristo! El Adviento de este año es una ocasión propicia para realizar este deseo profundo del corazón. Don Orione escribía: *“La Navidad nos invita a vivir piadosamente, atendiendo aquella beata esperanza que será la aparición gloriosa de Cristo. Debemos renovarnos en lo íntimo del espíritu: Jesucristo debe renacer místicamente en la fe y en nuestro amor: a Sus pies los pastores dejaron sus corderos y los Reyes Magos oro, incienso y mirra, y nosotros, ¿no le ofreceremos nada?”* (Scritti, 81,307).

El Adviento es el tiempo de la renovación, del nacimiento de lo alto, del Espíritu. La verdadera Navidad es cuando permitimos a Jesús *“renacer místicamente en la fe y en nuestro amor”*. Este podría ser nuestro don a Jesús, nuestro compromiso.

Cuando encendemos la vela en la corona de Adviento, recordamos el compromiso que hemos asumido para ofrecer – con María - el don al Señor Jesús que era, que es y que viene.

1. “Se acerca vuestra liberación”.

En el Evangelio del primer domingo de Adviento se habla de la agitación del cielo y de la tierra, y del miedo grande que hace morir a la gente. Jesús en cambio les dice a sus discípulos: “Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación”. Pero agrega la condición que hace estar serenos en medio de la prueba: “Tengan cuidado de no dejarse caer bajo el peso de las disipaciones ... Estén prevenidos y oren incesantemente, para tener la fuerza ...” (cfr. Lc 21, 25-36). Estén atentos, estén presentes, recen y vigilen.

“Lámpara para mis pasos es tu Palabra, luz en mi camino” (Sal 118,105) escribía el salmista, de la propia experiencia. Para San Pablo, en cambio, la Palabra de Dios es la espada del Espíritu (cfr. Ef 6,17) para combatir *disipaciones* que se insinúan sin que nos demos cuenta y que hacen más pesado nuestro camino. El Espíritu Santo usa la Palabra como instrumento para combatir la mundanidad que es contraria al estilo de Evangelio. Miremos a la Virgen María, Aquella que “custodiaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón” (Lc. 2, 16-17).

En esta primera semana de Adviento aprendamos de María la capacidad de silencio, de **MEDITAR** la Palabra y los acontecimientos, para descubrir la presencia del Señor en medio nuestro. Y si nos damos cuenta de que nuestra meditación viene a menos, si estamos distraídas y no atentas, siempre

podemos retomar la concentración, vivir la conciencia grata del momento presente y abrirnos un poco más a la Palabra que nos ilumina para ser palabra de luz y de esperanza para los demás.

2. *“El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”*

Este año, en el segundo domingo de Adviento, viviremos la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María. Contemplamos a Aquella que era llena de gracia, toda pura, íntegra, libre, bella, porque en su humildad se abandonó en Dios, dijo Sí a su designio de salvación. Si bien no comprendía todo, se dejó “cubrir con su sombra” (Lc. 1,35) y llegó a ser *Mater Dei* aplastando la cabeza del eterno enemigo (cfr. Gen 3, 19).

María nos enseña la docilidad a la gracia de Dios. Nos indica el camino de la integridad, o sea, de actuar en coherencia con lo que pienso, digo y hago, para responder a nuestra vocación de “ser santos e inmaculados en la caridad” (Ef. 1,4).

Este domingo normalmente nos trae la vocación de Juan el Bautista, “Voz de uno que grita en el desierto: preparen el camino del Señor, allanen sus senderos” (Mc 1, 1-2). El Bautista indica a Jesús y anima a la conversión, a morir a nuestro viejo yo y a nacer de lo alto, del Espíritu; María Virgen nos enseña la apertura, la disponibilidad a estar en relación. En el ámbito cristiano bizantino estas dos figuras vienen representadas por un ícono llamado “*deisis*” (del griego, “súplica”, “intercesión”): Jesucristo bendiciendo entre María Virgen y San Juan Bautista: estos últimos se dirigen a Cristo en actitud de oración y súplica.

En esta segunda semana de Adviento queremos aprender de ellos a centrarnos en Jesús, crecer en la integridad y en la caridad y, como ellos, **INTERCEDER** por el mundo privado de paz, por las personas concretas, por la Iglesia y sus llagas. Encendiendo la vela, suba nuestra súplica al Corazón de Jesús y la potencia de su amor descienda sobre todos nosotros y nos renueve.

3. *¡Alégrense siempre en el Señor!*

En el tercer domingo de Adviento llamado “Gaudete”, experimentamos la alegría de la salvación: “No temas Sión (*colocar el propio nombre*), ¡que no desfallezcan tus manos! El Señor tu Dios está en medio de ti, es un guerrero victorioso. El exulta de alegría a causa de ti, te renueva con su amor y lanza por ti gritos de alegría” (Sof. 3,16-17). La Navidad es encuentro que llena de alegría, encuentro con Dios y con los hombres. Es Dios mismo que nos busca, que quiere este encuentro, que quiere renovarnos, y viéndonos abandonados a su amor “¡exultará de alegría por causa nuestra!”.

“Recibí de Dios gracias excesivas de su amor, y sintiéndome movida del deseo de corresponderle en algo y rendirle amor por amor”, escribía S. Margarita María Alacoque. La cita el Papa Francisco en la Encíclica “Dilexit nos” (166-167) y termina: “Necesitamos volver a la Palabra de Dios para reconocer que la mejor respuesta al amor de su Corazón es el amor a los hermanos; no hay mayor gesto que podamos ofrecerle para devolver amor por amor. La Palabra de Dios lo dice con total claridad: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo»” (Mt. 25,40).

Esta es la verdadera alegría de la que habla Don Orione: “*La perfecta alegría no puede existir más que en la perfecta dedicación de sí mismo a Dios y a los hombres, a todos los hombres, tanto a los más miserables como a los más físicamente y moralmente deformes, a los más alejados, a los más pequeños, a los más culpables, a los más contrarios*” (Scritti, 105,200).

En el Evangelio del tercer domingo de Adviento la multitud que venía a bautizarse interrogaba a Juan diciendo: “¿Qué tenemos que hacer?”. Esta pregunta la hacían también los publicanos y los soldados (Lc. 3, 10-18). Pidamos también nosotras durante este tiempo ... y seamos generosas en la respuesta, porque allí se encuentra nuestra “*perfecta alegría*”.

Es en esta semana que comienza la Novena de Navidad, un itinerario espiritual más intenso que nos lleva a acoger con alegría al Señor Jesús, Emmanuel, Dios-con-nosotros, que nos “bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Lc. 3,16). En este tiempo estamos más expuestas a la carrera frenética que vive el mundo, con la tentación de quedarse en la parte exterior de las fiestas y no en el Homenajeado. Mientras encendemos la tercera vela de la corona, queremos ofrecer a Jesús el don de

ENCONTRARLO a Él mismo en la Palabra, en los sacramentos, en la adoración del Santísimo Sacramento y en la hermana o hermano en el que Él vive.

4. “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!”

¡Estamos a las puertas de la Navidad! Se mezclan la alegría y el ansia. Vivimos la percepción del tiempo acelerado, parecería que todo pasa rápido, y no logramos llegar a tiempo, estamos atrasadas con tantas cosas, incluso con nuestro proceso interior. Y sentimos que esta ansia nos quita la alegría del encuentro, porque estamos cansadas y ¡siempre hay algo que hacer!

En cambio, la Virgen María, en este cuarto domingo de Adviento, nos enseña que es necesario ponerse en camino e ir “rápido”, pero como nos decía el Papa Francisco al final del XII Capítulo general: “no el apuro del mundo, sino el de Dios”. Y nos invitaba a “anunciar a los hombres y a las mujeres de hoy, que Dios es amor y puede colmar de significado el corazón del que lo busca y se deja encontrar por Él”. ¡Cómo es actual esta invitación hoy!, cuando tantas personas no ven el sentido de la vida y viven como si Dios no existiera.

Don Orione hizo fuerte experiencia del amor incondicional de Dios y con autoridad nos pedía: “*Que nuestra esperanza en Dios no tenga confines: todo lo podemos, todo lo tenemos que esperar de Dios, en humildad y amor grande. Dios es el gran Padre bueno celestial que todo lo puede y todo quiere darnos, basta que lo amemos, en simplicidad y abandono, como los niños*” (Scritti, 66,382).

Ahora nos toca a nosotros hacer experiencia de este abandono en Dios, como los niños; invocar al Espíritu Santo para que sea nuestra LUZ en la peregrinación de la vida. En la bula del Jubileo 2025 leemos: “En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? [...] Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó.» (Rm. 8,35.37-39).

He aquí el último don que queremos ofrecerle a Jesús en esta Navidad; es el de **ESPERAR** e infundir esperanza en los desalentados.

En esta Navidad se abrirá para todos nosotros la Puerta Santa del Jubileo. Jesús dice: «Yo soy la puerta» (Jn. 10, 7). ¡Su Corazón es la puerta! Junto a todo el pueblo de Dios, entremos en esta puerta como *peregrinos de esperanza* y ofrezcámosle a Él toda nuestra vida para que se renueve y se transforme para los demás.

Buen camino de Adviento junto con María Inmaculada, Madre de Dios, y ¡Feliz Navidad llena de Esperanza!

Unida a las Hermanas del Consejo, saludo con afecto!



Sr M. Alicja Kędziara

Sor M. Alicja Kędziara
Superiora general

Roma, 20 noviembre 2024
Madre de la Divina Providencia